



## **HOMILÍA-INICIO DE CURSO 2017-2018 EN LOS INSTITUTOS TEOLÓGICO Y DE CIENCIAS RELIGIOSAS**

Queridos hermanos:

He preferido mantener las lecturas que corresponden a este lunes de la XXV semana del tiempo ordinario, en la Misa votiva del Espíritu Santo. Estamos inaugurando el curso en nuestros Institutos “San Ildefonso” y “Santa María” en el Seminario Diocesano. En ellos estudian seminaristas, religiosos y fieles laicos. En estos Institutos la actividad docente de profesores ayuda al cometido principal de los alumnos del Seminario Diocesano y de otros centros de formación para el sacerdocio: la educación adecuada de la fe. No es la única dimensión de esa educación al ministerio ordenado, pero es especialmente importante.

El Pueblo de Israel, en exilio, recibe el plácet para edificar el 2º templo en Jerusalén; es más, Ciro, rey pagano de Persia, impulsa esa construcción de modo eficaz, e invita a los israelitas a ponerse manos a la obra, aunque no faltarán ayudas con ofertas voluntarias. Hay, además, un fin que aglutina a todos para ponerse en marcha hacia ese fin en Jerusalén. Nuestro cometido, como Institutos docentes diocesanos, ha de estar claro y movilizarlos por la verdad para conseguir el fin de su existir: Educar a candidatos al sacerdocio, a consagrados y a fieles laicos para reafirmar la vocación a la que cada uno ha sido llamado.

Hay, pues, que ser conscientes de la tarea que los profesores tienen, en una unidad de criterio teológico pero con la pluralidad legítima que cada uno de nosotros tiene. En la tarea docente la gratuidad en la trasmisión de lo que la Iglesia quiere para sus fieles se corresponde con la libertad de los hijos de Dios para conseguir una preparación teológica adecuada.

Pero los profesores y su actividad docente no son el único factor decisivo en la educación para el ministerio sacerdotal o para otras vocaciones en la Iglesia. Los seminaristas, por ejemplo, están inmersos en la vida del Seminario, que no les saca de la vida del resto de la Iglesia, pero donde se orienta y se acompaña en la educación y formación para el sacerdocio. Y lo hacen, tampoco exclusivamente, pero sí fundamentalmente, el Rector, los formadores, el director espiritual desde otra perspectiva necesaria, y también los confesores e incluso tantas otras muchas personas que influyen para bien en los seminaristas: familia, parroquia de origen, párroco y tantas comunidades que oran para que haya muchos y sobre todo santos sacerdotes.

La educación de los candidatos al sacerdocio, pues, es como una obra sinfónica, donde todos contribuyen a que la sinfonía suene bien. Pero hay quienes

tienen la dirección del conjunto para que así no haya distonías. Para esos años de crecimiento intelectual y moral que es la época de formación en el Seminario, las personas responsables sabrán jugar su papel, pues el conjunto de la tarea educativa, misteriosa y trascendental ha de estar rodeada por virtudes como la vigilancia y la lealtad. Es una tarea de familia, donde no todos son el padre o la madre, aunque puedan toda la familia tener una influencia beneficiosa.

De lo que se trata es que haya luz, puesta en el candelero, no tapada con una vasija o puesta debajo de la cama. La metáfora de encender una lámpara describe, parece, la conducta del verdadero discípulo de Cristo; su modo de escuchar la palabra tiene que ser tal, que produzca verdaderamente fruto. La lámpara no se enciende para que su luz permanezca oculta, sino para que ilumine a los que entran en el recinto. La prerrogativa que se nos concede a los discípulos, es decir, su iluminación para que conozcan los secretos del Reino, está destinada –ese es el plan de Dios– a una proclamación lo más amplia y pública posible, de modo que podamos convertirnos en luz para “los demás”.

El texto evangélico insiste, pues, en el modo de escuchar la palabra de Dios, tal como cabe esperar del verdadero discípulo de Cristo, para que se pueda convertir en luz para “los que entran”. Estos que en Cristo se convierten en luz deben estar atentos: “Atención a cómo escucháis”. También han de estar atentos porque “al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará hasta lo que cree tener”, que en este texto de san Lucas el sentido es: “todo el que escucha con interés sacará mayor provecho; pero el que escucha descuidadamente perderá incluso lo que cree que tiene.

Yo veo aquí una llamada de atención a los que sois alumnos, sobre todo a los que seréis ministros del Señor, porque los años del seminario son esenciales, no vuelven, significan el buen cimiento de quienes, llamados previamente, comienzan su formación y adecuación a la gracia del ministerio sacerdotal; más tarde seréis ordenados, pero esa realidad vital sigue hasta siempre: “Sacerdos in aeternum”, y no para un tiempito.

Y cuantos, este año, comenzáis vuestra educación/formación con el curso propedéutico, que es curso no reglado, debéis empezar no sólo con ilusión y confianza en la Iglesia, sino persuadidos de que, siendo fieles, el Señor no faltará, ni tampoco su gracia. Los Obispos, los Rectores, los formadores, los profesores, por supuesto, obispos hemos de cuidar de quienes se entregan a esta preparación como se cuida de una joya delicada o una planta, que ahora tierna, será un árbol frondoso donde aniden hasta los pájaros. Ellos deben crecer, nosotros no menguar, pero sí que sean más altos y fuertes que nosotros.

Santa María interceda por nosotros, a Cristo, pues el Espíritu Santo siempre está dispuesto a llevar a cabo la obra del Hijo unigénito como voluntad del Padre.